

EL LOGOS EPITAPHIOS DE PERICLES (TH. 2.35-46): RASGOS PSEUDO-APOLOGÉTICOS

José Antonio Clúa

En este artículo el autor apunta la desilusión y ambigüedad de Pericles en su Oración Fúnebre (Th. 2.35-46), un *logos* en que parece ser relevante la contradicción entre los valores tradicionales y los nuevos (la *paideia* de la naciente Sofística), entre la verdad absoluta y la “conveniencia”, entre la ideología democrática y la progresiva desintegración producida por la guerra.

In this paper the author points out Pericles' disillusion and ambiguity in his funeral oration (Th. 2.35-46). It seems to be relevant in this *logos* the contradiction between traditional and new values, between absolute truth and “convenience”, between democratic ideology and progressive disintegration caused by the war.

INTRODUCCIÓN

El *Logos Epitaphios* de Tucídides (2.35-46), puesto en boca de Pericles, está construido con un ojo siempre puesto en el “pattern” tradicional de los discursos funerales, reales o imaginarios, que jalonaron todo el mundo antiguo¹.

Con todo, la democracia y el sentido último del discurso de Pericles (las hazañas de los antepasados, la liberalidad de los atenienses, el recuerdo insigne de las

¹ Cf. D. Proctor, *The Experience of Thucydides* (Guildford 1980) 115.

Guerras Médicas, el elogio de la Atenas contemporánea) no son tan diáfanos y unívocos como verosíblemente parecen, sino que son suplantados, a nuestro entender, por una cierta dosis de ambigüedad o de desilusión y por una fuerte lucha interior.

La hipótesis de la que partimos puede formularse en términos como los siguientes: aunque el tema del discurso es el panegírico del “comportamiento mediante el cual llegamos a adquirir nuestras posesiones así como el sistema de gobierno y la manera de ser por los cuales crecieron”², late en la *Oración Fúnebre* un drama, según el cual Pericles, defensor de la libertad y de la paz, estratego que había llevado durante años el timón del imperio ateniense, se vio embarcado en una guerra nefasta, terrible, que él mismo intuía sería catastrófica desde un principio. Por tanto, ese falso equilibrio pericleo, de acuerdo con el cual las antinomias eran salvables, tuvo mucho de problemático y de precario. ¿Cabe hablar, pues, de una cierta “adulación” o “demagogia” por parte de Pericles hacia sus conciudadanos? ¿Podemos barruntar, al propio tiempo, un cierto “desengaño” de Tucídides en cuanto a los argumentos político-sofísticos del Pericles del 430 a.C., en un discurso escrito por nuestro autor probablemente³ después del 404, cuando reinaban ya en él el pesimismo y la desilusión ante los acontecimientos de la guerra? ¿Qué realidades ocultas y contradictorias (sobre las que se fundan, ciertamente, la democracia ateniense y la estructura de la *polis*) presupone toda *oración fúnebre*, y especialmente la de Pericles?

RASGOS PSEUDO-APOLOGÉTICOS

El *Logos Epitaphios* de Pericles se encuentra en la misma línea ideológica de los teóricos de la democracia. Él mismo fue el instaurador por antonomasia de esa democracia. Sin embargo, nuestro estratego tenía delante una realidad y una oposición que rebajaban su utópica consideración política. Para ejemplificar lo que venimos diciendo, piénsese en qué fue a desembocar dicha lucha entre la realidad y la utopía y téngase presente otro célebre discurso, posterior en pocos años, puesto por Tucídides en boca de Alcibíades.

El discurso de Alcibíades con motivo de la expedición a Sicilia (6.88 ss.) es el contrapunto a la *Oración Fúnebre* de Pericles. Como ha destacado J. J. Sayas⁴, “mientras la *Oración Fúnebre* es el retrato del género de vida y de las ideas de toda la ciudad, el discurso de Alcibíades es el retrato de la personalidad del indivi-

² Cf. F. Rodríguez Adrados, *Ilustración y política en la Grecia clásica* (Madrid 1966) 260 (reed. modificada *La democracia ateniense*, Madrid 1975). Utilizamos asimismo la traducción que nos brinda el mismo autor en *Tucídides, Historia de la Guerra del Peloponeso* (Madrid 1967) de 2.36.4.

³ Según señaló ya en 1937 Patzer, uno de los más importantes exegetas de Tucídides, en su obra *Das Problem der Geschichtsschreibung des Thukydides und die Thukydeische Frage*. Cito por J. Alsiña, *Tucídides. Historia, ética y política* (Madrid 1981) 343 s.

⁴ *Ideario político de Tucídides* (Salamanca 1971) 22.

duo". Ejemplo evidente, pues, de cómo fue evolucionando la ideología democrática. Los intereses personales iban imponiéndose cada vez más sobre los intereses del *demos*. Mientras Pericles declaraba en su *Logos* que Atenas no podía renunciar a su poder, pocos años después Alcibíades caía de lleno dentro de las ambiciones de su gran deseo. Pero, paradójicamente, ambos empleaban el argumento de la necesidad de la política de la *πολυπραγματοσύνη* contra los *ἀπράγμονες*. Parece improbable suponer, en consecuencia, que con pocos años de diferencia se produjera una metamorfosis tal en el campo ideológico, si no hubieran existido ya unos antecedentes reales, más o menos solapados, en los defensores acérrimos de la democracia ideal. En este sentido, el *Logos* es, a nuestro entender, un testimonio importante para dilucidar dicho declive ideológico.

Dejando a un lado la espinosa cuestión de si Tucídides condenaba o no el imperialismo encarnado por Pericles (opinión antagónica representada respectivamente por Gomme y Romilly)⁵, opinamos, con Adrados⁶, que la *Oración Fúnebre* "encubre en cierto modo el conflicto latente entre las fuerzas activas prerracionales y el racionalismo democrático en lo que se refiere a la política interna".

Por otra parte, existen testimonios de cómo los autores tardíos consideraron el discurso de Pericles como imagen nefasta de las palabras reales suyas⁷. Así Plutarco, en su célebre y utilísima *Vida de Pericles*, no menciona ningún dicho famoso de Pericles que aparezca en su *Logos*. Y Aristóteles también lo ignora: aunque muestra algunos ejemplos de Pericles en su discusión del estilo oratorio, ninguno de ellos es tomado del texto que nos ocupa.

Podemos colegir de lo anterior que cuando los autores posteriores a Tucídides leyeron el discurso de Pericles, vieron en él algo extraño, insólito, algo que se escapaba del común quehacer de Tucídides.

Y, ya adentrándonos en el *Logos* propiamente dicho, nos encontramos (2.37.1) con el vocablo *δημοκρατία*, lleno de ambigüedad. Y ello es debido a los dos significados comunes de *δῆμος*: todo el pueblo, el Estado, *populus*; las masas, los *populares*. El término *δημοκρατία* puede significar ya sea el gobierno de la simple mayoría en un estado en que todos los ciudadanos tienen el voto, ya sea el dominio consistente del estado por las masas. Por tanto, hay que entender que, si se toma el sentido peyorativo del término, vemos cómo se impone el principio "cada individuo es tan bueno como su vecino" sobre otro muy distinto, aunque formulado en términos parecidos: "cada individuo debe tener la misma oportunidad de demostrar su valía para el desempeño de un cargo". Pues bien, sin ánimo alguno de forzar el sentido del pasaje, cabe apreciar, a nuestro entender, que a Pericles se le escapa

⁵ Vid. A.W. Gomme, *The Greek Attitude to Poetry and History* (Berkeley 1954) y J. de Romilly, *Thucydide et l'impérialisme athénien* (Paris 1951²).

⁶ *Op. cit.* 228 ss.

⁷ Seguimos la opinión de Proctor, *op. cit.* 119 s.

(poniendo solapadamente en entredicho) que el tipo de democracia que propugna (en concreto la elección *κατ' ἀρετήν* o bien *κατὰ τὴν ἀξίωσιν* para desempeñar cargos públicos) está muy cercana a la *ἀριστοκρατία*. De hecho, ni Platón ni Isócrates, ni el mismo Aristóteles⁸, pensaron, años más tarde, que en la práctica la democracia elegía a los mejores para el desempeño de cualquier cargo público. Por tanto, Pericles habla “en teoría” de la democracia ateniense, pero se esfuerza, no cabe duda, por asegurar que ésta es así “en la práctica”. Por otra parte, el parangón entre el pasaje de Pericles y la máxima del demagogo Atenágoras (Th. 6.39.1: *ἐγὼ δὲ φημι πρῶτα μὲν δῆμον ξύμπαν ὠνομάσθαι, ὀλιγαρχίαν δὲ μέρος*) puede servir para ilustrar que democracia en ambos casos es el “gobierno de las masas”. Hay que recordar también que la expresión *πᾶσι τὸ ἴσον*, que hallamos en este mismo parágrafo, a pesar de ser muy usado por los demócratas, lo fue asimismo por los oligarcas. Por tanto, hallamos en este primer punto un primer dato de ambigüedad, de disimulo y de desconfianza en los ideales teóricos de la democracia.

Nicole Loraux, en su reciente estudio titulado *L'invention d'Athènes. Histoire de l'oraison funèbre dans la "cité classique"*⁹, ha destacado con acierto ciertas paradojas o posibles contradicciones en el *epitaphios*. Así, en este sentido, son diáfanos *per se* los subcapítulos que se extienden desde la p. 180. Y, en cuanto al problema del *demos*, señala: “...la *misthophorie* et le tirage au sort qui, pour les anciens comme pour les modernes, constituent les caractéristiques essentielles de la démocratie athénienne, sont totalement ignorés des *épitaphioi*” (p. 178 s.), e indica más adelante: “l'absence de toute mention explicite de la *misthophorie* dans un développement aussi complet que celui de Périclès doit être considérée comme significative” (p. 179).

Con todo, si bien es verdad que, *grosso modo*, todos los *epitaphioi* presentan en grados diferentes la anomalía consistente en definir la democracia con rasgos no democráticos¹⁰, no hay que olvidar que historiadores como Tucídides y Jenofonte, filósofos como Sócrates, Platón, Aristóteles e Isócrates denunciaron el imperialismo ateniense y los excesos de la libertad individual frente al bien común de la sociedad, así como el igualitarismo indiscriminado o la perversa inclinación democrática a privilegiar y reconocer el gobierno de los peores¹¹. En efecto, Pericles, intelectual aunque también estratega, vio con menosprecio cómo el *demos* se identificaba con los demagogos. No se desentendió de la política, como otros

⁸ Cf. A.W. Gomme, *A Historical Commentary on Thucydides II* (Oxford 1956) 107-109. En una larga nota analiza la “inevitably ambiguity of the word *δημοκρατία*”.

⁹ Paris 1981. Cf. sobre todo 175-224.

¹⁰ Característica que no debe ser en ningún momento olvidada, ya que, de lo contrario, cabría hablar del *Logos* como de un precedente de la “constitución mixta”.

¹¹ Cf. L. Gil, “La irresponsabilidad del *Demos*”, *Emerita* 38 (1970) 351-373. Este párrafo es un buen compendio de este hecho: “Frente a todo este cúmulo de críticas, salvo en explosiones de entusiasmo patriótico de las *laudes Athenarum* del drama y de los *logoi epitaphioi* o las ocasionales profesiones de fe democrática de los oradores del siglo IV, apenas hay un puñado de textos que se encarguen de justificar el régimen o de exponer en líneas generales los principios que lo inspiraron” (352).

oradores o pensadores coetáneos, pero dejó bien patente en su *Logos* ese gran menoscabo ante la pretendida "igualdad". Y es que, en realidad, los *epitaphioi* eran simbólicos, encubridores de tremendas contradicciones, ambigüedades y antilogías.

Por otra parte, si postulamos, como parece casi unánimemente, una redacción de la obra tucidídea, en su fase definitiva, en fecha posterior al 404 (o que, cuanto menos, Tucídides revisó parte de su obra en dicha fecha, como ya hemos apuntado más arriba), no hay que obliterar, entonces, el rasgo de ironía y de desaliento que aparece en 2.37.2. Pericles afirma que cada cual actúa *ad libitum* y que nadie se preocupa de castigarlo ni de censurarlo con un rostro lleno de reproche. Por otra parte, aunque en 2.38 nos encontramos con un panegírico diáfano y evidente ("nos hemos procurado numerosos recreos del espíritu"), no deja de llamar la atención la aparición, por las mismas líneas, de dos términos que se leen en contextos pesimistas, negativos. Nos referimos a *πόνος*, que un significado que connota pesadez, pesadumbre y carga penosa (contrapuesto a *ἀναπαύλας*), y a *τὸ λυπηρόν*, que indica algo semejante, preocupación, aflicción, etc. (contrapuesto a su vez a *τέρψις*). Es muy sintomático que en un discurso en que se elogia a Atenas aparezca un término casi a continuación del otro, como claro prelude de lo que la guerra traería consigo, y que, sin duda, venían con insistencia a la mente de Pericles. Hay que señalar, pues, que según la óptica con que se lea y la época en que se escribiera (con posterioridad a la derrota final ateniense del 404, según nuestra opinión), dicho pasaje denota un cierto deje de ironía profética y de ortodoxo pesimismo, a pesar, insistimos, de los intentos de Pericles por no presentar una realidad pesimista ni cercana a la aflicción.

Debe observarse, además, que los discursos pertenecientes al género epidíctico (como el que nos ocupa) presuponían ya desde sus mismos orígenes una estructura formularia muy rígida ("alabanza", "lamento" y "consolación")¹². Con todo, frente a dichos estereotipos, que Pericles sigue con fidelidad, cabe encontrar ciertas contradicciones o ambigüedades que revelan, por una parte, un esfuerzo notable por conservar el nuevo racionalismo (o *paideia* sofística) dentro de los límites que le fijaba la tradición, y, por otra parte, una cierta dosis de "desconfianza" en que dichos nuevos ideales fueran decisivos para solucionar los problemas que se veían.

En cuanto al ideal femenino tradicional, esbozado perfectamente en el *Logos* (2.45.2), hay que señalar una curiosa contradicción: si tenemos en cuenta el conocido proceso de Aspasia, éste expresó en su discurso algo que no estaba en consonancia con sus ideas (e incluso tampoco con su comportamiento personal). Si bien es verdad que no era propio del género epidíctico (y encomiástico) un enfrentamiento contra el antiguo y tradicional ideal de "virtud", no es menos cierto, si-

¹² Cf. G. Kennedy, *The art of Persuasion in Greece* (Princeton 1963) 154 s.

guiendo la opinión de Adrados¹³, que “a él paga tributo Pericles en la oración fúnebre, posiblemente sin gran sinceridad”.

Sin duda nos encontramos frente a otro rasgo de clara contradicción entre el pensamiento real de Pericles y su plasmación artificial en el discurso que nos ocupa. La *Oración Fúnebre* fue un género que servía como modo de ocultamiento de las realidades contradictorias sobre las que se fundamentaban la democracia ateniense y la estructura de la *polis*, pero también como espejo difuso de las creencias personales, por la ortodoxia que dicho género presuponia.

Al margen de la posible “demagogia” o “flattery” que podría postularse (pero que no interesa ver hasta qué punto se produce, si bien sabemos a ciencia cierta que no era mucha en Pericles, sino que lo importante era su *agudeza* en la observación de los problemas políticos y las soluciones que ofrecía), hay que decir que lo que Pericles se proponía, como ha estudiado acertadamente Rodríguez Adrados¹⁴, era favorecer la concordia y homogeneidad de todos y de todo: pueblo y aristocracia, pobres y ricos, democracia racional y democracia religiosa. De ahí ese disimulo, esa ocultación, esa ambigüedad y esa propaganda.

Otro factor concluyente que ilustra bien lo que venimos postulando es sin duda la dicotomía “comodidad de vida/valor personal”, que, si bien Pericles considera perfectamente compatible en el sistema de vida de Atenas, es, como veremos, solamente a medias cierta. Como se sabe, los hoplitas áticos no eran muy afamados. La política de Pericles evitó, en consecuencia, el choque directo por tierra con Esparta. No parece dudoso que en los albores de la guerra y por tanto coetáneamente al discurso que estudiamos, se produjera una cierta decadencia del ideal militar, producto inevitable de una vida mejor y más refinada. Dicha decadencia tendría su punto culminante en época de Aristófanes. Sobre Atenas se cernía una gran amenaza que podía acabar con la posición privilegiada de que había gozado hasta entonces y que Pericles debía y quería perpetuar mediante ficticios y disimulados discursos demagógicos como éste. Al hablar, pues, de dicha oración fúnebre cabe utilizar preferiblemente términos como “propaganda”, “deseo utópico y ficticio” a otros como “realidad”, “apología real de la democracia”, etc.

Es a todas luces evidente que Pericles no buscaba una verdad absoluta, sino una verdad pragmática y adecuada a las conveniencias de la ciudad. De ahí que actuara como una especie de sofista. El relativismo racionalista, totalmente pragmático y sofístico, basado en Protágoras, que negaba cualquier valor absoluto, deja también su huella, difícilmente apreciable pero existente en definitiva, en la *laus Athenarum* del *Logos*. De hecho, el mismo tono pragmático, o la búsqueda de lo que es conveniente (*τὸ σύμφερον*), son asimismo apreciables en otros discursos de nuestro estratega, en que éste define su actuación política.

¹³ *Op. cit.* 252 s.

¹⁴ *Op. cit.* 255.

Pericles, como todo buen sofista, no tenía todavía como *bagage* esos “valores absolutos interiorizados” de que harán alarde unos años más tarde filósofos como Sócrates y Platón. Pericles tenía sin duda como única meta el placer y la seguridad del individuo, con la aceptación de los valores de tipo tradicional, pero barruntando el riesgo que a la larga (o en breve, si se prefiere) creaba para la ciudad la existencia y la aceptación de esos nuevos valores “democráticos”.

Otro elemento que en el *Logos* evidencia esa convivencia o adecuación de valores nuevos y tradicionales es la dicotomía “razón/acción”. En efecto, si bien para Pericles la inteligencia, por la conciencia de superioridad que da, hace más firme la audacia, estando neutral la *Tyche*, con todo, dicho ideal, propugnado e introducido de un modo un tanto fraudulento por nuestro estratego-sofista, era todavía en su época una excepción en Atenas. Además podía acabar con su destitución del cargo: piénsese en el decreto de Diopites del 432, que supuso el ataque contra Anaxágoras, Aspasia, Fidiás y otras personalidades estrechamente vinculadas con Pericles.

Asimismo, otro elemento plenamente “sofístico” en nuestra *Oración* es la personificación de *τόλμη*. Así, en 2.41.4 leemos: ...καὶ οὐδὲν προσδεόμενοι οὔτε Ὀμήρου ἐπαινέτου οὔτε ὅστις ἔπεισι μὲν τὸ αὐτίκα τέρπει, τῶν δ' ἔργων τὴν ὑπόνοιαν ἢ ἀλήθεια βλάψει, ἀλλὰ πᾶσαν μὲν θάλασσαν καὶ γῆν ἐσβατὸν τῇ ἡμετέρᾳ τόλμῃ καταναγκάσαντες γενέσθαι, πανταχοῦ δὲ μνημεῖα κακῶν τε κάγαθῶν αἴδια ξυγκατοικίσαντες... Es decir, “...Sin necesitar para nada como panegirista a Homero ni a ningún otro que con sus epopeyas produzca placer de momento, pero cuya exposición de los hechos desmienta la verdad, sino teniendo suficiente con obligar a todos los mares y tierras a ser accesibles a nuestra audacia, y con fundar en todas partes testimonios inmortales de nuestras desgracias y venturas” (trad. Adrados).

Por lo tanto, vemos a Pericles haciendo de la *Aletheia* un personaje mayor que el mismo Homero (cf. sin embargo 2.35), exaltando la *Audacia* ateniense como base de su Imperio y menoscabando en definitiva aquellos valores tradicionales¹⁵.

Por otra parte, J. Kakridis¹⁶ ha visto en el famoso pasaje que va desde *φιλοκαλοῦμεν* hasta *γνωῖναι* (2.40.1-2) un reflejo del popular debate, dirigido por Anfión y Zeto en la *Antiope* de Eurípides y por Caliclés y Sócrates en el *Gorgias* de Platón, sobre los méritos respectivos de la *vita activa* y la *vita contemplativa*. Pues bien, Pericles, según Kakridis, afirma que los atenienses evitan dichas imperfecciones (intelectual-perezoso, político-chismoso e ignorante), combinando los rasgos de ambas vidas en lo posible.

Al margen de la interpretación que realiza Kakridis a continuación, en la que no vamos a entrar, hay que constatar el afán de Pericles por rescatar cualquier ele-

¹⁵ Cf. Ch. Forster Smith, “Personification in Thucydides”, *CP* 13 (1918) 241-250, en particular 249.

¹⁶ *Der thukydideische Epitaphios: ein stilistischer Kommentar*, *Zetemata* 26 (München 1961) 51, citado también por J. S. Rusten, “Two Lives or Three? Pericles on the Athenian Character (Thucydides 2,40,1-2)”, *CQ* 35 (1985) 14-19.

mento heterogéneo e incómodo del sistema democrático con el fin de pulirlo y conciliarlo de un modo ortodoxo. Asimismo, cabe mencionar, aunque desde otro punto de vista, unas palabras inteligentes de H. Flashar¹⁷ sobre el *Logos* y la fecha de su composición: “Perikles beginnt seine Drastellung mit dem zur Typik der enkomiaistischen Rede gehörenden Hinweis auf die Eigenwüchsigkeit und Stabilität der Verfassung, ein Hinweis, der für das Jahr 431 ebenso sinnvoll, wie er aus der Sicht des Thukydides von sinnlos ist”. La sugerencia de Flashar es interesante por cuanto que pone en entredicho, al menos aparentemente, la posibilidad de que Tucídides haya redactado el *Epitaphios* con posterioridad al 404. Sin embargo, esta famosa polémica¹⁸ queda en parte solucionada (aceptándose, por consiguiente, la redacción posterior) si se admiten, como creemos, los elementos de desilusión y de tremenda contradicción que afloran por doquier en el discurso. Elementos que hemos intentado sacar a la luz, sin pretender, por supuesto, abarcarlos todos (por la extensa y ardua tarea que dicho análisis supone, y que en estas páginas solamente dejamos esbozado), y sin pretender tampoco pasar al terreno de la elucubración (Tucídides supera en mucho, aunque nos cueste a veces aceptarlo, el talento y la capacidad crítica de sus exegetas, resultando con frecuencia verdaderamente inaccesible).

CONCLUSIONES

A manera de conclusión, no absoluta pero no por ello especulativa, cabe apuntar que el *Logos epitaphios* de Pericles muestra un cierto desencanto o ligera desconfianza frente a la ideología democrática teórica que él mismo abiertamente propugna. Asimismo, el discurso hace patente, mediante los rasgos concretos que

¹⁷ *Der Epitaphios des Perikles. Seine Funktion im Geschichtswerk des Thukydides* (Heidelberg 1969) 17.

¹⁸ A. W. Gomme en su *Commentary* citado dedica unos párrafos muy diáfanos al tema, que merecen ser recogidos por extenso: “Professor Kakridés, in his valuable *Ερμηνευτικά Σχόλια στον Επιτάφιο του Θουκυδίδου*, pp. 4-9, takes this chapter to be a particular proof of the view of Ed. Meyer, Schwartz, and others that the epitaphios is not at all what Perikles said or could have said in 431, but Thucydides’ own thoughts after 404, written expressly for a humbled, incredulous, and *envious* generation of his countrymen, who doubted not only the wisdom of Perikles’ imperial policy but the value of Athenian civilization itself as it had been created by that men of an earlier age. What Athenian, it is asked, was not *ξυνηιδώς και εὔνοις* in 431? Who was *ἀπειρος και φθονερός* but the Athenian of 404? And how could Perikles hope to reach *τῆς ἐκάστου βουλήσεως τε και δόξης ως ἐπὶ πλεῖστον* by speaking on this manner?” (104). “Those who maintain that Thucydides composed the Funeral Speech after 404, and as an Epitaphios for the fall of Athens rather than for the dead of the year 431, as a speech which, though it is Thucydides who is speaking to us, is in Perikles’ vein, in the sense that it is one which ‘he would have spoken had he been able to survey the whole situation, that is, the development up to the year 404’ (as Meyer wrote of Perikles’ last speech), should bear this section particularly in mind: *τοῖς τε νῦν και τοῖς ἐπειτα θαυμασθησόμεθα* - was that not only written after 404, but by a man thinking especially of the position of Athens at that time? *μνημεῖα κακῶν τε και ἀγαθῶν* ‘memorials of failure and of success’ - that must have been written in great bitterness of spirit if after Aigospotamoi, the lingering and hopeless siege, and the tyranny” (129).

hemos analizado, una lucha interior fuerte, por cuanto el gran estratega ateniense se ve obligado a contraponer los valores tradicionales a unos nuevos valores (una nueva *paideía*, fruto de la naciente Sofística), con lo que intenta salvaguardar la posición política y económica que Atenas había conseguido desde hacía casi medio siglo.

Se constata, pues, un cierto desencanto ante todo lo que sea verdad absoluta y no “conveniencia”, así como un verdadero afán por introducir solapadamente (de ahí las frecuentes antilogías y ambigüedades) todo un *status quo* teórico en una Atenas sobre la que se cernía un gran peligro. Peligro que Pericles deseaba afrontar directamente mediante la guerra abierta y para lo cual precisaba demagogia, apología de la síntesis de lo antiguo y lo moderno y menoscabo de las tremendas contradicciones que el sistema traía consigo.

Por lo demás, nada nos impide postular al margen de lo anterior que Tucídides, que había visto empeorar la situación a partir sobre todo del 411, en el momento de escribir o rehacer su obra, es decir a partir del 404, dejase escapar en dicho discurso un cierto deje de ancianidad, de pesimismo y de desencanto, plasmado en detalles muy concretos, como resultado final del desastre ateniense. Y todo ello, sin tergiversar ni alterar sustancialmente la brillante *laus Athenarum* que recogió, con su peculiar fidelidad, de labios de Pericles. Para expresar de un modo esquemático nuestra argumentación proponemos estos tres momentos ideológicos (cronológicos a su vez), en los que el *Lógos* aparece como intermediario entre los procesos:

- a) PROCESO DE DEMOCRATIZACIÓN E INTEGRACIÓN DE PERICLES.
- b) *LOGOS EPITAPHIOS*.
- c) PROCESO DE PROGRESIVA DESINTEGRACIÓN Y ESTANCAMIENTO.

Y como pruebas concluyentes, en parte ya destacadas más arriba, caben apuntarse la profunda separación entre la descripción de Atenas en el *Epitaphios* y la restante obra tucididea (posible “declaración de amor” a Atenas por parte del anciano Tucídides, con quiebra de su principio de imparcialidad), el hecho de que dicho discurso sea el pasaje más atípico, la gran excepción en la obra del historiador; y, por último, los rasgos de heterodoxia, desconfianza, aflicción o desencanto, así como de contradicción, que jalonan, semilataentes, el discurso de Pericles.

Tras una ortodoxa definición de “democracia”, tras una irreprochable alusión a la *isonomía*, a la *eleuthería*, al sistema educativo y a la igualdad de oportunidades de ricos y pobres, que caracterizan el régimen político de Atenas, Pericles deja entrever, de un modo ciertamente nada manifiesto, graves peligros para la democracia. Y dicha contemplación de los peligros de la democracia, contrariamente a lo que ha dicho la crítica al respecto, no difiere en exceso de los que expone en otro lugar tucidideo el mismo Cleón (cf. 3.37), por lo que sus posiciones no son, en realidad, tan antagónicas ni irreconciliables como se muestran en apariencia.